

EUROPA CENTRAL*

Karel Bartosek

Instituto de Historia del Tiempo Presente. CNRS. París

1. PROBLEMAS DE DEFINICION**

I. Advertencias preliminares

1) No es mi intención proponer aquí una definición de Europa Central, sino comunicarles nuestras dudas, nuestras hipótesis, nuestros debates más brillantes; y dado el tiempo disponible, debo limitarme solamente a algunos puntos.

2) Si digo «nuestros» y hablo de «nosotros», no se trata de un plural mayestático. Tampoco se trata de oportunismo intelectual. Pueden estar seguros de que no voy a ocultar mis opiniones. Pero quiero insistir, desde el primer momento, en el trabajo de equipo –algo cada vez más raro en el actual mar de egoísmos–, en ese trabajo de equipo que anima nuestros encuentros sobre Europa Central. Un trabajo que se desarrolla desde hace casi tres años en el Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP, Centro Nacional de la Investigación Científica, París) y que reúne especialistas en diversos campos: historiadores, geógrafos, economistas, politólogos, sociólogos, historiadores de la literatura...¹.

3) La investigación francesa continúa interesándose por Europa Central. Desde luego, hay límites a este interés en el ambiente general de mi nueva patria: en la ignorancia, producto del largo desinterés de Francia por este espacio después de la Segunda Guerra Mundial, y en el comportamiento y la reflexión de la clase política y de los medios de comunicación (una anécdota para ilustrar este ambiente: durante la preparación de nuestro coloquio «*Refugiados e inmigrantes de Europa Central en el movimiento antifascista y la Resistencia en Francia, 1933-1945*», celebrado en París en oc-

* Traducido por José Ramón Gómez Sesma y Carolina Labarta Maribona.

** Ponencia de apertura del coloquio internacional de Viena (enero, 1988), revisada y actualizada para este número de *Studia Histórica*.

¹ Véase el informe publicado bajo el título «La renaissance de l'Europe centrale?» en *La Nouvelle Alternative*, n° 8, diciembre de 1987 y su apartado «Rencontres de l'Institut d'Histoire du Temps Présent sur l'Europe centrale», pp. 27-49.

tubre de 1986, el problema de la definición fue planteado concreta y «prácticamente». ¡Y hubo entonces un historiador eminente, para quién Alemania no formaría parte de Europa Central!).

No obstante, sobreviene un cambio en los años ochenta, una de cuyas causas es, quizá, la búsqueda de identidad de los hijos o nietos de los inmigrantes, especialmente de los judíos. ¿De qué tierras vinieron nuestros padres o nuestros abuelos? ¿Cuál era y cuál es este espacio anterior a mis orígenes franceses?

Es grato encontrar a la diplomacia francesa entre los organizadores de este coloquio. ¡Esperemos que dure!

4) Probablemente ya lo han adivinado ustedes. Mi enfoque del centro de Europa no se sitúa en la línea del discurso actual, que yo he llamado «impresionista»; es decir, revelador del sentimiento antes que del rigor científico; del aire de nuestro tiempo y de los nuevos vientos que soplan, antes que de un complejo conocimiento de los fenómenos.

¡Aunque me tienta un discurso poético o nostálgico sobre el espacio, la zona, la región de Europa donde nos encontramos, teniendo en cuenta mi experiencia y mis orígenes! La tarea es difícil cuando hay que dominar al máximo el inconsciente, los impulsos del corazón de un ser humano que ha nacido y vivido durante decenios en «nuestro espacio», como me gusta decir.

II. La evolución histórica de las definiciones y sus constantes hasta los años cuarenta del siglo XX

1) a) Todos los análisis serios coinciden: durante los cien años en los que ha sido formulada la idea –el concepto, la noción– de Europa Central, nuestro objeto de reflexión, la «Mitteleuropa»², ha sido, en primer lugar y ante todo, inspirado y dirigido por intereses políticos, económicos, político-estratégicos y diplomáticos.

Así, el análisis del pasado de la definición debería respetar estos dos aspectos en su conexión, su dialéctica propia: hablo de la idea (el concepto, la noción) y su puesta en práctica. El análisis de nuestro tema no puede limitarse a la historia de las ideas, de la filosofía política; al mismo tiempo, debe plantearse como historia global, especialmente en lo relacionado con el horror de las dos terribles guerras que asolaron Europa y el mundo en la primera mitad del siglo XX.

b) No tenemos tiempo de entretenernos en los hechos que prueban que la idea de Europa Central es, sobre todo, política, ni tampoco en su evolución, de la que se deduce que esta idea ha sido «esencialmente alemana» y que aquéllos que la han desarrollado «han sido los alemanes, ya sean del Reich, ya sean de Austria» (Jacques Droz).

² Según JACQUES DROZ, la traducción francesa de este término sería «l'Europe centrale» («Europa Central»). Véase su obra *L'Europe Centrale*, subtitulada *Evolution historique de l'idée de «Mitteleuropa»*. París, Ed. Payot, 1960, p. 285.

Por otra parte, este autor aporta en su obra *L'Europe Centrale* pruebas irrefutables sobre los orígenes políticos de la idea, sobre el concepto de una Europa Central «producto de una voluntad política» en Alemania o en Austria-Hungría.

c) Por parte francesa, los debates y estudios publicados han llegado a la misma conclusión: «... la toma de conciencia de la *région* se ha planteado (a partir de los años 70 del siglo XX) esencialmente en términos políticos e incluso geopolíticos, vinculados a los intereses estratégicos franceses» (Antoine Marès³). Es «el filtro alemán, después ruso y soviético» lo que ha condicionado en Francia la percepción de la región, concluye este autor. Otro especialista, Michel Prigent, interrogándose sobre las vacilaciones francesas al definir esta región, ve también la causa en un «filtro», el «de la estrategia o el de la diplomacia»⁴.

La relación de fuerzas en el continente europeo y su interpretación parecen decisivos en la percepción, en la imagen francesa de la Europa Central.

Sin embargo, no creo que la evolución histórica de las definiciones francesas pueda reducirse a esta dimensión político-estratégica, diplomática, etc. Hay, efectivamente, una rama de las ciencias francesas que no es apreciada en su justo valor por los especialistas, tanto historiadores como otros. Una rama cuyas vacilaciones en la definición de Europa Central son, a veces, presentadas de forma poco sutil e incorrecta. Se trata de la geografía, el estudio múltiple y complejo del espacio.

Por el momento, no he encontrado en ningún otro país obras tan voluminosas, densas y dedicadas sistemáticamente a Europa Central, comparables al trabajo de los geógrafos franceses. Evidentemente, su interés fue posterior a 1870, a la unificación de Alemania, y, por tanto, «condicionado» por las sensibilidades políticas e ideológicas de la época. Pero una simple enumeración de las obras esenciales y su lectura atenta, nos hace comprender que estos geógrafos no eran simplemente «ciegos seguidores» de intereses políticos o económicos.

En 1876, Auguste Himly publica la *Histoire de la formation territoriale des Etats de l'Europe centrale*. Su Europa Central, «región intermediaria» entre el Este y el Oeste, se componía de Austria-Hungría, Prusia, la pequeña Alemania, Suiza, los Países Bajos y Bélgica. Se nos ofrece ya una definición espacial de las fronteras de esta «región».

En 1878, Elisée Reclus publica el tercer tomo de la gran *Nouvelle géographie universelle*. En 982 páginas de gran formato, su Europa Central se compone de Suiza, Austria-Hungría y Alemania. Rumanía, Serbia e Italia son tratadas en otro lugar, en el primer tomo titulado *L'Europe méridionale*.

En 1930 y 1931, Emmanuel de Martonne publica *L'Europe Centrale*, tomo cuarto de la *Géographie universelle*. En 845 páginas de gran formato, su Europa Central reúne a Alemania, Suiza, Austria, Hungría, Checoslovaquia, Polonia («extremo límite de Europa Central») y Rumanía («Europa del Sudeste»).

³ A. MARÈS, «Les Français face au concept d'Europe centrale et orientale», en *Cahiers des Civilisations de l'Europe Centrale et du SudEst*, n° 1, París, INALCO, 1983

⁴ M. PRIGENT, «Europe centrale et/ou Orientale?», texto mecanografiado.

d) La actitud política o político-estratégica en la percepción de la idea de Europa Central ha jugado, evidentemente, un papel decisivo en los «pequeños pueblos» de este espacio. Los recientes análisis de los checos Jan Kren y Václav Kural, entre otros, lo prueban claramente⁵.

2) Al enfocar nuestra problemática creo que se impone una exigencia: intentar separar las constantes de la reflexión y de la práctica concernientes a la idea de Europa Central. Me gustaría que este procedimiento fuera útil también al debate actual y a un análisis imparcial.

Me limitaré a algunas constantes en el interior del espacio del centro de Europa, completando la constante político-estratégica ya mencionada:

a) Así pues, en el interior de este espacio, la idea de Europa Central parece ser, ante todo, una cuestión de los pueblos dominantes y no de los pueblos dominados. Probablemente, esta constante se explica en gran parte –por uno y otro lado del binomio dominante/dominado– gracias al enorme peso alcanzado por los nacionalismos en este espacio desde principios del siglo XIX.

b) Los diferentes análisis demuestran –nos movemos siempre en el mismo espacio– que la formulación de la idea nace de un «sentimiento de defensa» contra la «amenaza exterior», contra el «peligro extranjero»: de Francia, de Gran Bretaña, de Rusia, de los Estados Unidos (sí, los Estados Unidos aparecen en el discurso alemán como «peligro económico» desde el principio de los años sesenta del siglo XIX).

La idea puede, pues, presentarse como un «Angstprodukt», tomando prestada la expresión de Rudolf Hilferding en su crítica de Naumann, citada en el manuscrito de Sabine Stadler titulado *Mythos Mitteleuropa oder back to the future*.

c) Se trata, por tanto, del sentimiento de lo excluido, de aquello que se siente amenazado, cuyo verdadero valor (su parte real y mítica) puede ser –debe ser– históricamente apreciado en el momento en que lo excluido y amenazado se convierte en elegido y amenazador, en el que la idea justifica el expansionismo, la agresividad, la hegemonía. Todo esto no solamente en el interior, sino también en el exterior de este espacio. El concepto de «Mitteleuropa» sobrepasa entonces un determinado marco geográfico, «rompe sus límites», crea la base de la ideología de una guerra tendente a la hegemonía mundial, una guerra a la que precede y acompaña.

d) En los pequeños pueblos y etnias de este espacio, en sus corrientes políticas y espirituales, la percepción de la idea de Europa Central parece vincularse fuertemente a un inequívoco sentimiento de incertidumbre, de inseguridad hacia la poderosa Alemania. El «producto del miedo», este «Angstprodukt» de Hilferding, reviste así otro aspecto.

e) Por otra parte, el discurso sobre la identidad cultural parece ausente en la formulación de la idea. También parece faltar, o ser muy marginal, un verdadero proyecto cultu-

⁵ En «samizdat» (manuscrito en cyclostil), JAN KREN ha «publicado» su análisis con el título *Konfliktní společenství, Česi a Němci 1780-1918* («La Comunidad conflictiva. Los Checos y los Alemanes, 1780-1918»), Praga, 1986, 248 páginas.

ral. A no ser, por supuesto, que consideremos «proyecto cultural» el discurso acerca de la «misión civilizadora» alemana sobre la pobre raza eslava y otros pueblos «mestizos» rechazados por la historia, o aquél sobre el «kulturträger» nazi.

Interrumpo aquí mi reflexión sobre la evolución histórica de las definiciones y sus constantes. Soy consciente de que, para hacer avanzar el conocimiento, hace falta responder a otras preguntas. Mencionaré dos:

1) La idea de Europa Central en el período mencionado, ¿pertenece a las élites gobernantes, a una parte de estas élites (y si es así, ¿a cuál?), o incluye a mayores capas sociales? ¿Cuántos, dónde y por qué? ¿Quién y cómo, por ejemplo, ha leído la obra fundamental de Friedrich Naumann, con 100.000 ejemplares vendidos seis meses después de su aparición, editada después en edición popular y traducida a varios idiomas? (La sociología histórica, el estudio de las mentalidades tienen algo que decir aquí...).

2) ¿Cómo y cuándo se vincula esta idea a la de democracia? ¿Al concepto de democracia y su aplicación práctica, para algunos esencial en la evolución histórica de los siglos XIX y XX? (Cuando digo «algunos» estoy pensando sobre todo en la filosofía política francesa en torno a Claude Lefort). ¿Pocas veces o nunca?

III. Pequeño «intermezzo» sobre el debate actual

Quisiera abandonar un momento el terreno de la historia y decir algunas palabras acerca del debate actual, sobre todo para completar mi introducción al informe de la *Nouvelle Alternative*, titulado «La Renaissance de l'Europe Centrale?». En ella pretendía, ante todo, «constatar e interrogar», informar del estado de los debates a fines de 1987. Hoy, con la desaparición de los regímenes comunistas autoritarios y la unificación de Alemania, la situación en el espacio centro-europeo ha cambiado de forma fundamental. Sin embargo, el pasado de los debates sobre la Europa Central no ha desaparecido. Lo he resumido en cinco apartados:

1

En primer lugar, una observación: una idea, la de Europa Central, es muy discutida en el centro de Europa (geográficamente hablando); más en algunos lugares (Bohemia, Austria, la R. F. A.), menos en otros (Polonia). El marco de este debate se limita a los medios intelectuales y políticos y a las corrientes de oposición, no oficiales en «el Este» (excepto en Hungría). Por otra parte, todas las corrientes políticas y espirituales de la parte occidental de este espacio participan en él.

Esta discusión, que ha adquirido nuevo impulso a principios de los años ochenta, ha crecido y se ha profundizado considerablemente desde 1984-85, año en que se hizo muy popular en la R. F. A. y en Austria.

Como todos los grandes debates ideológicos, éste es, a la vez, una moda y la expresión de una situación histórica determinada: sus causas deben buscarse en el clima concreto,

político y existencial que actualmente reina en el centro de Europa. Aquéllos/as que rehúsan someterse y quieren actuar están en busca de un tema, de un proyecto, de una utopía que pueda permitirles imaginar el porvenir, afrontarlo, quizá liberarlo.

Cada vez más, al este de este espacio, los «comprometidos en la oposición» toman conciencia de las causas que hicieron fracasar las revueltas limitadas únicamente al marco nacional; conciencia también de una identidad amenazada; conciencia, finalmente, de la necesidad de recurrir a las ideas «supranacionales». Al oeste de este centro de Europa, la frustración y la incertidumbre tampoco están ausentes, así como los resentimientos respecto al paternalismo (a la dominación) de los «grandes», antiguos o actuales. Las corrientes políticas manifiestan el deseo (¿la necesidad?) de marcar con su contribución original la búsqueda de una superación de la división de Europa, esperando así pesar más en la escena internacional, y por lo mismo en el interior de su propio país.

Se cuestiona, y a veces con pasión, el concepto de Europa del Este, tanto por una como por otra parte del espacio europeo que vivió el día a día de la frontera de las alambradas⁶.

Este debate político-ideológico y cultural, ¿se traducirá en la formulación de reivindicaciones comunes? Los partidarios de una «federación centro-europea» o de una Europa Central neutral ¿crearán un gran movimiento? Los gobiernos del Este –a semejanza del gobierno húngaro–, ¿se inclinarán más al diálogo respecto a este espacio algún día?

2

Debemos hacer constar que este debate no ha sido «inspirado» por uno o varios (dos, tres) intelectuales, aunque el emigrado moravo, Milan Kundera, o el húngaro György Konrad –suscitando numerosas críticas– hayan contribuido considerablemente a su ampliación y profundización. Este debate, en sus comienzos, no fue «un asunto de emigrados» aunque, en su evolución, ciertas emigraciones –la checa en particular– hayan jugado un papel muy importante.

Al Este del centro de Europa, la nueva reflexión sobre este espacio ha comenzado «paralelamente» en Bohemia y en Hungría. En Viena, el primer debate sobre la «Mitteleuropa» se ha desarrollado en relación con la Primavera de Praga y su represión en 1968. La amplitud del debate en estos tres países demuestra la herencia (consciente o inconsciente) del austro-marxismo y sus ideas federativas, así como de la monarquía austro-húngara.

⁶ Sobre la evolución y sobre las causas de este debate al este del espacio centroeuropeo, véase TIMOTHY GARTON ASH, «L'Europe centrale existe-t-elle?». *Lettre internationale*, n° 10, otoño 1986. De la zona oeste, destaco el manuscrito de SABINE STADLER *Mythos Mitteleuropa-oder back to the future*, Wien, 1987, 84 p. Seguramente no es casual que un coloquio de una jornada fuera organizado el 10 de junio de 1987 en París por el Instituto Goethe, el Instituto austriaco y el B. I. L. D., sobre el tema «*Mitteleuropa, une idée pour ou contre l'Europe*», con la participación de responsables políticos de alto nivel. Cito algunas propuestas escuchadas: «Reorganizar Europa a partir del centro»; «Hoy Europa es una casa doble»; «Europa Central es un tesoro olvidado»; «El tema de Europa Central conviene a aquéllos que quieren guardar distancias con el statu quo»; «La idea de Europa Central es un problema político de vecindad»; «Soñar con Europa Central es necesario, no se trata de romanticismo, sino de pragmatismo político», etc.

En una palabra, prácticamente todas las corrientes políticas, ideológicas, espirituales de este espacio toman parte, en mayor o menor grado, en este debate: social-demócratas, demócrata-cristianos, conservadores, socialistas católicos, «sin partido», marxistas, comunistas, liberales, etc.

Podemos preguntarnos: la idea de Europa Central (¿mito, utopía?), ¿va a reforzar antiguas alianzas y a crear otras nuevas entre las corrientes del interior y las del exterior en el Este, entre las diferentes corrientes políticas en el Oeste, las «oficiales» de aquí y las oficiales o no oficiales de allá? ¿Será esta idea el fermento de una nueva convergencia, insospechada ayer y aún inimaginable hoy?

3

Debe constatararse que el debate actual tiene ya su historia. Esta reúne y prolonga antiguos debates; ciertas prácticas también relativas a la organización de este espacio centro-europeo (la del nazismo en particular); y refleja mentalidades formadas durante decenios (y a veces siglos).

A mi entender, Europa Central es actualmente el objeto de tres grandes enfoques. El análisis científico (empleo este término sin ilusión: historiadores, geógrafos, filósofos, sociólogos, etnólogos, no pueden ser más que «hijos de su época» y de sus ideologías), constituye el primero de ellos.

El segundo (soy bien consciente del carácter esquemático de esta categorización) es cultural. Este enfoque, el más extendido, está también muy mediatizado. A menudo «impresionista» y nostálgico, forma parte de los grandes interrogantes cíclicos propios de este espacio. Esta actitud es característica de pueblos animados continuamente por un sentimiento de incertidumbre respecto a su destino, inquietud que les empuja a elaborar visiones, programas o utopías que les aporten seguridad.

El tercer enfoque que distinguimos en el debate actual es político-pragmático, se confiese o no como tal: somos siempre víctimas (objetos) de los «grandes», éramos «grandes» –piensan unos (los pequeños) y los otros (que antaño eran «grandes»)– y tenemos (todos) algo que decir en el concierto europeo.

Numerosos son los que dicen: Europa Central ya no existe, salvo como noción geográfica y metereológica. Probablemente, son también muchos los que creen en «la identidad (cultural, espiritual) centro-europea», en la singularidad de la Europa Central de hoy. Los sueños y mitos son también historia y hacen historia.

Preguntémonos: el enfoque desmitificador y poco o nada mediatizado, ¿jugará un papel más importante en la evolución del debate? ¿Va a aceptar todo el mundo banalidades del tipo: «Europa Central fue la cuna de Freud o Mahler, aun cuando fue también la de Hitler y Auschwitz» como puntos de partida de un debate serio? Los escritores, periodistas, políticos, ¿tomarán algún día en consideración las reflexiones de las ciencias humanas?

4

Continuemos: Francia ha jugado un papel primordial en la conceptualización y la concepción del centro de Europa, de «Europa Central».

La atención prestada a Europa Central en Francia no era, por supuesto, ni estrictamente universitaria, ni «desinteresada»: los medios económicos, la política y la diplomacia de la «primera potencia continental» tenían en el punto de mira la competencia de Austria-Hungría, de la Alemania unificada, de Rusia.

Desde el siglo XIX, le gustara o no, Francia ha sido una «tierra de asilo» para las numerosas olas de emigrantes de la Europa Central. Hoy en día, en este país hay varias ediciones de los periódicos político-culturales importantes (en polaco, en húngaro, en checo) de las emigraciones centro-europeas.

Los círculos culturales e intelectuales franceses, así como los sindicalistas –si llega el caso (solidaridad con Solidarnosc polaca)– o la clase política, se interesan todavía, aunque menos que antaño, por este espacio situado en el centro de Europa: las iras que suscitan el «chovinismo» francés y los esquemas superficiales con que se juzga el pasado y el presente de estos países, no deben ocultar esta verdad.

Tales observaciones no pueden por menos que suscitar graves interrogantes: ¿cuándo los intelectuales, los políticos y los diplomáticos franceses empezarán a reflexionar seriamente acerca de sus tradiciones respecto a este espacio? ¿Cómo van a reaccionar ante el renacimiento de la idea de Europa Central? ¿Se mostrarán capaces de abandonar el concepto globalizante de «Europa del Este»? ¿De qué manera?

5

El testimonio personal del autor de estas líneas podrá, quizás, ayudar a comprender lo anterior y lo siguiente.

Al principio, en la Bohemia de los años sesenta (antes de 1968), el tono era festivo. Entre amigos –historiadores, escritores, cineastas– nos divertíamos «fundando» una federación centro-europea. Motivo de risas: aparte de nosotros, los checos, ¿a quién integrar? ¿los eslovacos? Quizá, si no hay más remedio... ¿Los polacos? Sí, a pesar de todo. ¿Los austriacos? Por supuesto. ¿Los yugoslavos? Sí, ¿pero todos? ¿Los rumanos? No, pero... ¿los alemanes? ¿pero cómo?: son demasiado grandes y demasiado numerosos. Finalmente, ha sido con los húngaros con quienes hemos brindado por la «fundación de esta federación». La sombra del «gran hermano» ruso ya estaba muy presente.

La broma se acompañaba, para algunos, de un trabajo serio, concretamente sobre el nacimiento de Checoslovaquia en 1918. *Masaryk ou Smeral?* fue el título de uno de estos estudios. ¿Quién tenía razón? ¿El fundador del Estado checoslovaco (Masaryk) o el paladín de la idea de la federación de las repúblicas (socialistas, democráticas), uno de los «austro-marxistas», el checo Smeral? (referencia prácticamente olvidada en los debates actuales).

La risa se volvió mucho más amarga después del mes de agosto de 1968. En el curso de los años setenta, y de forma creciente, «Europa Central» se convirtió en el gran sujeto de discusión entre los condenados que éramos nosotros; en casi una obsesión: no somos «del Este», Occidente no nos salvará (el amor herido; Munich en la piel, como «Yalta» para los polacos), somos pequeños entre los grandes en el centro de esta Europa, la historia de los grandes se hace sobre nuestras espaldas, nosotros (los checos) somos los judíos de Europa Central (he hecho una pequeña encuesta entre mis amigos a propósito de esto), deberíamos reunirnos en un Estado más grande, etc.

Es en torno a 1980 cuando nace el proyecto de escribir un libro –el «canto del cisne» de nuestra generación, hemos bromeado (todavía)– titulado *La fin d'une Europe Centrale...*

Llegado a Francia (fines de 1982) y encargado de nuestros debates, escribí aquí un primer texto que nunca he publicado (un amigo francés, el fallecido Jean Pronteau, me dijo después de haberlo leído: «Es barroco, espera dos o tres años para publicarlo»). ¿De qué necesitaba hablar entonces? ¡De una «Europa Central neutral»!⁷.

Este texto acababa así: «Europa sobrevivirá con una Europa Central neutral, o no existirá más como «Europa-herencia», «tesoro cultural indispensable para la humanidad futura» (Edgar Morin en la revista *Passé Présent*). La elección actual parece clara. ¿Las grandes corrientes políticas de nuestro viejo continente continuarán ciegas aún mucho tiempo?».

Yo me pregunto: ¿por qué mi primer texto escrito en Francia trata de este tema? ¿Por qué sentía hasta ese punto la angustia de una guerra inminente? ¿Mis interrogantes (¿ilusiones?) eran atípicos?

* * *

Cerremos aquí el paréntesis referente a la introducción al estudio «La renaissance de l'Europe Centrale?» y volvamos a los problemas de definición. Mi reflexión en la Universidad de Viena continuaba así:

¿Somos plenamente conscientes de este pasado? ¿Somos capaces de situar siempre los

⁷ En uno de los capítulos de estas «*Thèses pour un débat*» –es el subtítulo– he escrito: «¿Qué es, pues, Europa Central? 1) *Geográficamente*: primero Alemania; después Austria, Hungría, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia (una parte). 2) *Geopolíticamente*: un espacio europeo entre los «grandes»: antiguamente, Rusia (siempre) y Francia continental sobre todo; hoy, la URSS y Europa occidental (muy influida por USA). 3) *Históricamente*: a) la «eterna» –hasta 1945– oposición (contradicción) entre la tendencia a la formación de una «gran Alemania» y la tendencia a la afirmación de las «pequeñas naciones», sobre todo eslavas; b) un espacio, en el que el destino de los «pequeños» fue, frecuentemente, decidido por la intervención de los «grandes»; c) el núcleo de las dos atroces guerras mundiales del siglo XX, pagadas muy caro por los pueblos de este espacio; d) un lugar en el que la tragedia de la segunda mitad del siglo XX está aún muy presente (Alemania dividida, pueblos enteros sin el derecho a decidir por ellos mismos, etc.)». Los dos capítulos siguientes de estas «tesis» tenían por título: ¿Esta Europa Central lleva en sí misma la idea de neutralidad? ¿No es este proyecto (programa) de una Europa Central neutral irreal? ¿Irrealizable?

grandes temas de nuestro debate en la larga duración? ¿Qué constantes de la reflexión del pasado están aún presentes y cuáles han desaparecido definitivamente?

El debate de los años ochenta se desarrollaba en condiciones históricas fundamentalmente diferentes de las del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. El fenómeno esencial que influía este debate era el siguiente: nos encontrábamos cuarenta años después del fin de una «única» Europa Central, fin éste que tuvo lugar en los años cuarenta del siglo XX. La antigua Europa Central ya no existía y se abría un nuevo período de la evolución de este espacio. Se había producido una ruptura, cuya importancia hay que medir a la luz de los siglos, por dos razones verdaderamente históricas. Brevemente –he tratado este tema en otra parte⁸– y sin mencionar sus causas, se trata de las siguientes:

a) Las dos minorías, judía y alemana, que determinaban la originalidad secular de este espacio centro-europeo, desaparecían prácticamente de él.

b) La hegemonía rusa se instalaba «de forma duradera» en gran parte de su extensión.

Pero el cambio fundamental en el espacio del centro de Europa no reside únicamente en esta ruptura de los años cuarenta. En efecto, circunstancias muy diferentes determinan su presente y su futuro. Mencionemos algunas:

a) Alemania está dividida, y su mayor parte vive y actúa dentro de una democracia parlamentaria.

b) Los Estados/Naciones de este espacio están estabilizados «nacionalmente», los nacionalismos anti-alemanes de los «pequeños» son mucho menos agudos que en el pasado.

c) Los datos demográficos han cambiado sensiblemente. Los polacos, con sus 35 millones actuales y sus 50 millones previstos a fines de siglo, se convierten –numéricamente– en una gran nación europea, que cambia la relación demográfica entre los eslavos y el resto.

d) La democracia se experimenta como el problema esencial en la mayor parte de este espacio y ya no es enmascarada por el ardor de nacionalismos agrediéndose mutuamente; hoy en día, no obstante, los nacionalismos anti-rusos parecen dominar al este de este centro.

e) El discurso sobre la identidad cultural es predominante y difiere sensiblemente en su estructura del discurso del pasado, lo que no quiere decir que ya no existan los intereses políticos o económicos.

En 1992, Alemania ya no está dividida, y la hegemonía rusa ya no determina la acción de los gobernantes, ni la vida de los gobernados. Estos nuevos fenómenos no cambian en nada la conclusión sobre la desaparición de una Europa Central única en los años cuaren-

⁸ Ver mi artículo «Vous avez dit Europe Centrale?» en la revista *Cosmopolitiques*, n° 6, París, 1986 y mi ponencia para el coloquio mencionado «Refugiados e inmigrantes...» que he titulado «A la croisée des chemins. Pèlerins d'Europe centrale en France, à la Libération», publicada en *De l'exil à la résistance*, París, 1989, pp. 223-231.

ta; sin embargo, plantean graves dudas sobre la evolución futura: el espacio centro-europeo, ¿va a integrarse bajo la hegemonía alemana? ¿Asistiremos a la creación de un «Reich del Centro» antes de la integración de los pueblos centro-europeos en la Comunidad Europea? ¿Los «pequeños» de este espacio se confederarán primero? ¿Qué nuevas relaciones van a establecerse con las Repúblicas de la ex-Unión Soviética?

IV. ¿Hubo una originalidad de Europa Central? ¿Cuándo, cómo y por qué?

Los problemas de definición están fuertemente vinculados a la respuesta a estas cuestiones. Esta es la causa de que durante dos años nos hayamos dedicado a ellos en nuestros encuentros sobre Europa Central. No hemos querido que pueda acusárenos de provincianismo y el programa de nuestras sesiones –al menos, así lo espero– refleja esta voluntad: aportaciones de Praga, de Budapest, de Ljubljana, de Varsovia y Cracovia, de Viena, Berlín, Zagreb...

Este coloquio se centra, sobre todo, en el problema de la identidad, de las identidades culturales. La noción de identidad está vinculada a la de similitud, a la de unidad, a la de comunidad; y, por tanto, –por extensión– a la noción de singularidad, de originalidad respecto a otras identidades.

No puede pedírseme lo imposible: resumir en cinco minutos nuestros debates sobre la originalidad del centro de Europa. Sólo puedo plantear algunos problemas o conclusiones:

1) En primer lugar, insisto: un enfoque psicológico (sentimental, nostálgico, etc.) o político no hace avanzar la investigación sobre Europa Central.

En efecto –y hay que ser consciente de ello– el centro de Europa es *una* de las regiones, *una* de las zonas, *uno* de los subcontinentes geográficos de un todo, de una totalidad europea.

Es cierto, la evolución de esta zona se ha situado siempre –y todavía se sitúa–, ante todo, entre el Oeste y el Este de Europa, y no entre el Sur y el Norte. Por otra parte, algunos geógrafos, historiadores o politólogos proponen para esta zona el término de Europa intermediaria (Zwischeneuropa), y su argumentación no es débil: este espacio ha revestido durante largo tiempo un carácter de dualidad, era (y es todavía, probablemente) occidental y oriental; para ser «central», ha carecido y carece –dicen ellos– de las señas características de la centralidad, entendiéndolo por «central» que está en el centro, que tiene relación con el centro, donde todo converge, de donde todo irradia (les remito a la reflexión de Violette Rey⁹).

2) Por tanto, zona intermediaria cuyas fronteras son difíciles de definir. Por eso abundan aquéllos (entre los que me cuento) que piden que la idea de Europa Central, su definición, se sitúen siempre en un contexto histórico preciso. En este sentido, un paso me

⁹ Ver la *Nouvelle Alternative*, n.º 8 citado, pp. 41-43.

parece enriquecedor: el dado por Michel Prigent, quien nos propone tres zonas subdividiendo la región del centro europeo: la meridional o balcánica, la septentrional, y la media o danubiana; teniendo cada una de estas zonas un «núcleo duro» durante un período determinado, lo cual no significa, sin embargo, negar la permeabilidad de estas zonas, sus influencias mutuas, el contacto, el intercambio, la interacción.

3) Definir el «núcleo» (o los «núcleos») del centro de Europa me parece necesario para aprehender la singularidad histórica de Europa Central. Pienso que esta singularidad ha existido y me sumo así a los numerosos investigadores de diferentes horizontes y diversas nacionalidades (los húngaros seguidores del pensamiento de István Bibó, los checos, etc.). Los análisis de estos investigadores coinciden. La singularidad, la originalidad del «núcleo» de Europa Central ha existido:

a) Desde un punto de vista histórico: en la evolución específica de la relación entre el Estado y la sociedad civil (uno de los representantes de este enfoque es el historiador húngaro Jenő Szücs, autor de *Les Trois Europes*¹⁰); en la fragmentación y confusión nacional y étnica sin equivalentes en otros lugares de Europa; en la no-existencia en mucho tiempo de Estados-Nación y sus consecuencias (la singularidad de los nacionalismos); en el papel de la Iglesia.

b) Desde un punto de vista socio-económico y socio-estructural: en las formas de la propiedad; en el retraso con relación a Occidente y el progreso respecto a Rusia, ligados, salvo excepción y durante un largo período, a la génesis específica del capitalismo (véase el estudio de Péter Hanák)¹¹.

c) Desde un punto de vista geográfico: en la singularidad de la naturaleza (universo compartimentado, según el término de Pierre George, importancia de la zona herciniana analizada ya por De Martonne) y del clima, marcado por la continentalidad; en la evolución de la ciudad y la urbanización; en la presencia o ausencia de ejes de comunicación entre el Oeste y el Este, entre el Norte y el Sur.

d) Desde un punto de vista demográfico (que hubiera podido incluir en el punto de vista histórico, pero que cito aparte para subrayar su importancia): si la originalidad del centro de Europa no existiese en otra parte, seguramente radicaría en el «desplazamiento en masa», término ya empleado por De Martonne, quien no podía, evidentemente, integrar todavía en su análisis los horrores de la Segunda Guerra Mundial; desplazamiento voluntario, pero sobre todo forzoso, como manifiesta el movimiento migratorio masivo, tan presente aún en la segunda mitad de nuestro siglo.

Termino con un deseo muy simple. Pensando en la Europa Central de hoy y en sus dramas, pasados o presentes, deberíamos pensar no solamente en nuestras comarcas, sino sobre todo –visto el estado del mundo– en Europa, sin más; en nuestro continente entero.

¹⁰ Esta obra original ha sido publicada en París, Ed. L'Harmattan, 1985, con un prólogo de Fernand Braudel.

¹¹ P. HANÁK, «La question de l'identité centre-européenne dans l'histoire», en la revista checa *150.000 slov* (150.000 palabras), Ed. Index, Köln, n.º 17, 1987.

Ya no me apasiono por la política. Pero deseo vivamente que Europa vea un día los Estados Unidos de Europa –democráticos, por supuesto.

* * *

NOTA: La Europa central y oriental post-comunista afronta varios problemas muy graves. A partir de aquí, les proponemos iniciarse en algunos de ellos, partiendo de las introducciones de Karel Bartosek a los estudios de la revista la *Nouvelle Alternative* en 1991. Esta revista trimestral se consagra desde hace seis años a los «países del Este», comunistas hasta 1989, en transición hacia la democracia desde fines de este año. La revista es financiada por el Instituto de Historia del Tiempo Presente (CNRS) en París (su dirección: 44, Rue de l'Amiral Mouchez, 75014 París).

2. LASTRES Y RETOS DE LAS DEPURACIONES

¿Se puede olvidar –o hacer olvidar– el sufrimiento provocado por un sistema y sus devotos agentes cuando este sufrimiento perdura decenas de años? ¿Se puede ser generoso e indulgente con el vencido cuando se trata del verdugo, del torturador? ¿Qué hacer con sus desposeídos amos y sus numerosísimos colaboradores, con este omnipresente y estructurado aparato del Estado totalitario –o autoritario– cuando se quiere instaurar la democracia y el Estado de derecho?

No faltan respuestas a estas preguntas en las nacientes democracias de Europa central y oriental. Repercuten en la vida cotidiana, en las leyes y medidas tomadas por el nuevo poder. Poseemos una documentación lo suficientemente rica para poder tomar conciencia del peso, de los riesgos y de los dilemas, enormes y desgarradores, de lo que debemos denominar la depuración del antiguo aparato comunista. Sí, la depuración está a la orden del día en Europa central y oriental, aunque el término pueda evocar inquietantes recuerdos.

No tiene nada de extraño que las nuevas fuerzas políticas estén divididas en cuanto al alcance y los métodos de esta necesaria e inevitable depuración. Desde un lado, se demanda una auténtica «caza de brujas» y se entiende por «brujas» a todos los ex-comunistas, incluso aquéllos cuyo carné de partido hace tiempo que se olvidó en un rincón, que han sido auténticos opositores al régimen autoritario y han pagado su compromiso con meses o años de cárcel. Esta «caza de brujas» es predicada, a menudo, por corrientes autodenominadas de derecha, una derecha que se quiere dura y busca atraerse una clientela a través de un discurso intransigente, demagógico y populista.

Desde el otro, se quiere evitar a toda costa las purgas que recordarían los viejos procedimientos del poder comunista. Denunciar los infames crímenes del antiguo régimen, impedir a sus agentes activos permanecer en las estructuras del poder no significa para un Mazowiecki o un Havel recurrir a los métodos del poder autoritario. Porque los verdaderos demócratas no quieren gobernar en el miedo y por el miedo, aunque puedan ser acusados públicamente de obrar así por ser «colaboradores» del antiguo poder comunista.

El miedo. Creemos que la palabra no es lo bastante fuerte: el miedo, la inseguridad, la angustia no han desaparecido, ni mucho menos, de estas sociedades postcomunistas. Y corremos el riesgo de que aumenten su presencia en el espíritu de la desorientada población: la inseguridad social ataca a capas cada vez más numerosas con el paro y la reestructuración económica; la criminalidad aumenta, a veces de forma vertiginosa (Checoslovaquia), ligada sin duda a la fragilidad de las fuerzas de seguridad, en plena reorganización; la coyuntura internacional se siente mucho más dolorosamente que en Occidente, no solamente a nivel económico (petróleo), sino también a nivel psicológico; la evolución de la Unión Soviética y los peligros que entraña tienen un impacto mucho más fuerte que en Europa occidental. ¡Y con motivo!

Una depuración ciega puede desestabilizar –todavía más– sociedades sacudidas por mutaciones muy profundas. Uno de nuestros colaboradores, Gyorgy Dalos, viejo militante de la oposición al régimen autoritario, escritor y húngaro, dice al respecto lo que sienten muchos antiguos oponentes en diferentes países: «las depuraciones, aunque se adorne el concepto rebautizándolo como «gran limpieza de primavera», son capaces de crear un sentimiento de inseguridad entre el personal cualificado del antiguo sistema, de los que tenemos urgente necesidad. Así, por ejemplo, numerosos funcionarios han dejado el Ministerio de Hacienda para ir a trabajar a las empresas privadas. El temor a que reaparezca un nuevo espionaje ideológico podría costar caro al Gobierno, y por consiguiente a la sociedad. Pero sería más grave que el miedo crease una nueva «lealtad» que, en verdad, tendría poco que ver con la idea que una democracia debe tener de sí misma»¹².

El miedo. Vaclav Havel, dramaturgo checo y actual presidente de la República, ha dedicado a este fenómeno un largo discurso en Salzburgo, a finales de julio de 1990. Su sinceridad fue notable, ocultando apenas sus propios miedos y angustias, incluyendo las propias del ejercicio de sus responsabilidades presidenciales. Según él, el miedo está ligado a uno de los mitos centroeuropeos: el de creer que es posible reescribir la propia biografía en sentido favorable y poder salir así ilesos de los meandros de la historia.

Las personas que quieren impedir que un nuevo miedo sustituya al antiguo tienen razón. No se equivocan al pensar que la fragilidad de la nueva democracia y el miedo son vasos comunicantes...

Los países de los que habla nuestro informe se parecen, pero también son muy diferentes. La necesidad de una depuración se experimenta de distinta forma de acuerdo con la evolución reciente de cada país. Es mayor allí donde la represión y las purgas comunistas continúan presentes en la memoria (Checoslovaquia y Bulgaria); y menor en los lugares donde el terreno había sido preparado por la acción de una corriente reformadora simultánea en el seno del partido comunista en el poder (Hungría). Por último, esta necesidad probablemente obedece también a la existencia o ausencia en el pasado de un gran

¹² *Le monde liber*, n.º 6, diciembre 1990. Ver el artículo «Liberté sous paroles».

movimiento de oposición; en Polonia la larga lucha de «Solidaridad» ha permitido probablemente la formación de numerosos cuadros, capaces de reemplazar a la antigua «nomenklatura».

En todo momento y lugar, el problema de la depuración se ha vinculado antes que nada a la suerte de la víctima de las extorsiones del pasado. La víctima –muy concretamente identificada al instaurarse la libertad– viva o muerta, silenciosa o no, centra las dudas sobre las responsabilidades.

El poderoso aparato del poder comunista incluye en su palmarés numerosas víctimas, que van desde personas injustamente ejecutadas, al pequeño zapatero «expropiado» con la instauración del régimen; desde el pacífico y no-violento oponente, condenado a varios años de prisión, a los seres humillados cada día por su sumisión ante el engaño durante los años 70 y 80. La sociedad postcomunista debe enfrentarse a esta «herencia monstruosa» (V. Havel) y a los graves problemas del crimen y el castigo.

Las sucesivas rehabilitaciones y algunas condenas de los culpables, no han solucionado todos estos graves problemas. También aquí, la situación varía según los países. La víctima, testigo principal del sufrimiento, apela necesariamente a la representación política, que encuadrará, explotará o calmará el rencor fruto del sufrimiento. Así, encontramos hoy –como ayer– tanto a los que avivan el fuego en su propio beneficio como a los que no quieren que lo social arda en una venganza ciega; a los que observan y a los que buscan las verdaderas causas del mal y proponen medidas democráticas, siendo conscientes de la fragilidad humana. El peso de la «mayoría silenciosa» del antiguo régimen debe ser tenido en cuenta: son, a menudo, los cobardes y los temerosos de antaño, los «semi-colaboradores», los que súbitamente reclaman con más fuerza una venganza brutal. Y cuando son muchos...

La sociedad no puede vivir con normalidad mientras haya víctimas insatisfechas y estén impunes los responsables de su desgracia. Pero, ¿qué medidas tomar? Lo tratado en este estudio prueba fehacientemente que la depuración debe ser «administrada» por la ley, por normas judiciales precisas. La experiencia de la posguerra debería ser atentamente estudiada por los países a los que hoy concierne la depuración. Tal estudio está en marcha, pero los resultados son todavía discretos. Como testimonio, el siguiente ejemplo: en un artículo publicado en Praga en julio de 1990 nuestros colaboradores Jan Kren y Vaclav Kural, historiadores checos, propusieron crear un «tribunal cívico», un «jurado de honor» (precisando su composición y su función) para juzgar moralmente a las personas más o menos comprometidas con la policía del antiguo régimen. Su propuesta se inspiraba un poco en el procedimiento francés de posguerra, del que nos habla Henry Rousso: acusación de «indignidad nacional» castigada con la pena de «degradación nacional» (privación de los derechos cívicos durante un tiempo determinado). Desgraciadamente, el citado artículo no ha encontrado ningún eco favorable...

Nos queda esperar que el vacío jurídico existente en todos los países implicados no dure mucho. La voz de la víctima no puede desoírse indefinidamente. Porque –en nombre

de un porvenir más sereno y equilibrado— no basta con denunciar el crimen: hay que castigarlo. Probablemente, para amnistiario en el momento oportuno.

Post scriptum muy personal: En ciertos casos no es suficiente una condena moral. Una persona nos hizo daño. Fue sobre todo mi mujer quien lo sufrió psíquicamente. Se trataba de un abogado de Praga, «comprometido» también en la oposición. En 1982, sospeché que era colaborador de la policía. En 1990, se ha descubierto que había sido un colaborador muy bien remunerado. He sabido de «fuentes muy autorizadas» que este delator recibía 60.000 coronas al año (el doble, quizás el triple del salario medio) además de su salario nada despreciable de «jurista de una cooperativa de la construcción» donde se le había colocado. Y mi mujer ha tenido una muy buena idea: ¡Estos sucios soplones deberían ser condenados al menos a devolver al Estado las sumas embolsadas durante los años en los que se dedicaron a la delación! ¿Qué opinan ustedes?

3. NACIONALISMOS Y «NACIONALISMOS»

¿Son los nacionalismos fuertes y amenazantes, como pretenden algunos, en esta Europa central y oriental que vive las grandes mutaciones postcomunistas?

En primer lugar, es necesario ponerse de acuerdo sobre los términos y no tomar por «nacionalismo» fenómenos como sentimiento nacional, patriotismo, afirmación de la identidad nacional (agraviada durante mucho tiempo), o el legítimo deseo de los pueblos numéricamente pequeños de hacer valer su soberanía.

Los nacionalismos ya casi no existen como doctrina: movimientos políticos que «reivindican para un pueblo el derecho de formar una nación» (Petit Robert). El tablero nacional de esta parte de Europa parece estabilizado desde hace tiempo, el mapa de las naciones ha terminado incluso por registrar a los austríacos (mucho tiempo fluctuantes como «alemanes de Austria»); el único pueblo que puede aún sorprendernos son, quizá, los Rutenos. En el sentido de la citada definición, nos encontramos, por tanto, lejos de los nacionalismos del siglo XIX.

Sin embargo, ese siglo está siempre presente: allí donde las doctrinas y corrientes políticas apuntan hacia la creación de un Estado-Nación (caso de los pueblos en los Estados federales) entendido según criterios lingüísticos, culturales, étnicos («herderianos», como dicen varios especialistas); criterios que se oponen a la nación política, la de los ciudadanos, a la «nación-comunidad» (concepto propuesto en el debate de la *Nouvelle Alternative* por Pierre Kende, apoyado por Philippe Minard y completado en este número por Georges Goriely). Así pues, los nacionalismos del siglo XIX están a la vez vivos y muertos, y su valoración debe tener en cuenta el contexto concreto de los respectivos países.

Pero, ¿cuál es la verdadera fuerza de los nacionalismos definidos como «exaltación del sentimiento nacional, apego apasionado a la nación a la cual se pertenece, acompañado en ocasiones de xenofobia y de una voluntad de aislamiento»? (de nuevo, Petit Robert). ¿Desde los nacionalismos agresivos respecto al vecino, la minoría, la otra etnia; al patriotismo fanático, exclusivista y belicoso, «chovinista»?

El estudio de la *Nouvelle Alternative* nos invita a respuestas muy matizadas. La realidad compleja de las sociedades que nos interesan (Yugoslavia no figura entre ellas, ya que no entra en el campo de interés de nuestra revista) nos invita, una vez más –y nunca se repetirá lo bastante– a ser prudentes, sutiles; a no dejarnos llevar por modas e ideas preconcebidas.

En los cinco países que nos incumben (Bulgaria, Hungría, Polonia, Rumanía y Checoslovaquia), el nacionalismo agresivo sería –según nuestra encuesta– mucho menos poderoso y estaría menos presente de lo que se cree. Además, esta doctrina simplista es a menudo sostenida por supervivientes del antiguo poder comunista que, sin duda, no pueden renunciar a su condición de manipuladores.

La Europa central y oriental de la que habla nuestro estudio no parece, pues, amenazada por un «estallido de los nacionalismos». Incluso los analistas que no toman el «peligro nacionalista» a la ligera (Jirina Siklová) consideran pasajero este problema, que se plantea, lógicamente, en un momento muy doloroso de búsqueda de una nueva identidad, individual y colectiva. Y no olvidemos las contribuciones de aquéllos (F. Foscolo, D. Marton) que se oponen deliberadamente a los esquemas «occidentales», esquemas a veces alimentados por una imagen (una foto, algunos segundos en la pantalla de televisión) auténtica en sí misma, pero que falsea –a veces considerablemente– el alcance de una manifestación, de un acontecimiento.

Reconozco que este estudio me reservaba una gran sorpresa: varios autores piensan que en la «cuestión nacional», lo más preocupante no es el nacionalismo, sino la «tibieza nacional», la falta de patriotismo, de legítimo orgullo nacional. Algunos incluso constatan un «nihilismo nacional», que estaría muy presente, sobre todo, entre las jóvenes generaciones.

Este «apatriotismo» representa quizás el verdadero problema de estas sociedades. Podría hablar de ello largo y tendido a propósito de los checos, a los que conozco bien. La falta de confianza en ellos mismos se manifiesta no solamente a nivel cultural, sino también a nivel socioeconómico, donde alcanza a importantes capas de la población. No me gusta hacer grandes generalizaciones a partir de anécdotas, pero temo que esto que voy a contar no sea atípico:

La primavera pasada conocí a un responsable de la empresa Botana, la principal fábrica checa especializada en calzado deportivo. Este hombre acababa de ser ascendido a jefe del departamento de tecnología; no había visto nunca un país occidental y acababa de cumplir los cuarenta años. Durante nuestro encuentro, estaba encantado; la empresa acababa de firmar un contrato con la firma alemana Puma: Botana va a fabricar zapatos que serán vendidos con esta marca. «¡Se podrá vender, en el mercado interior o en los otros países del antiguo bloque, los mismos zapatos dos veces más caros!», exclamaba. «Puma, al prestarnos su marca, sólo nos pide cierto porcentaje por cada par vendido». No hay, sin embargo, respuesta a mis preguntas sobre la honradez de esta medida respecto al modesto cliente checoslovaco, sobre las recaídas inflacionistas, etc. Después quise sa-

ber si Puma aportaba nuevos materiales, máquinas... «Por el momento no. ¡Pero van a ayudarnos a aumentar la producción, gracias a una nueva organización del trabajo que ya no permitirá a los obreros jugar a las cartas en los lavabos durante el tiempo de trabajo!». Entonces yo hice mi última pregunta: «Y ustedes, los responsables checos, ¿son incapaces de reorganizar el trabajo de forma que los obreros no jueguen a las cartas en lugar de trabajar?».

Recordé entonces la dignidad olvidada de los empresarios checos de la segunda mitad del siglo XIX, que supieron imponer al mundo marcas como Skoda, Jawa...

La «vuelta hacia Europa», aspiración proclamada de los pueblos de este espacio, tiene, pues, curiosos matices. Habrá que volver sobre ello, sin ideas preconcebidas.

4. LA CUESTION SOCIAL EN LA EUROPA POSTCOMUNISTA

Incluso si nos guardamos de tener una visión catastrofista y de dejarnos cegar por cantinelas lastimeras, la situación nos parece alarmante.

En la Europa central y oriental, anteriormente «soviética» o soviétizada, la cuestión social se ha convertido, sin duda, en el problema clave. La tensión social se acentúa. La curva de la tasa de desempleo asciende vertiginosamente. Los porcentajes de paro se acercan a los de la Europa occidental. ¿Es esto normal? Sí, responden algunos, que consideran que estas sociedades y sus gobernantes han elegido un modelo de sociedad.

Digamos, sin embargo, que lo «normal» de las sociedades capitalistas occidentales corre el riesgo de tener aquí consecuencias particularmente dolorosas. En primer lugar, el número de parados sobrepasará, probablemente, las tasas de desempleo más elevadas del mundo occidental industrializado. ¿Podemos, sabemos, imaginar sociedades europeas en las que el paro afectase al 20 o 30% de la población activa?

En segundo lugar, la tensión social se acentúa en sociedades políticamente inestables, en busca de la democracia; sociedades donde los individuos, los grupos, las naciones viven en ese «vacío de identidad» del cual ya hemos hablado en el informe sobre los nacionalismos. ¿Cómo van a reaccionar individuos, grupos sociales «perdidos» que nunca han imaginado semejante destino?

Por último, el cuestionamiento del «reconfortante» igualitarismo estatal conocido bajo el régimen comunista es demasiado súbito, todo sucede en un lapso de tiempo demasiado corto. Estos Estados están frecuentemente endeudados, su nivel de producción es más bien atrasado, próximo al de los «países en vías de desarrollo», carecen, por tanto, de los medios de los países ricos enfrentados al desempleo y a sus consecuencias. El discurso predominante (el de los «neo-liberales»), que aconsejan «ayúdate a ti mismo», ¿puede ponerse en práctica?

Los problemas sociales que apuntamos, conscientes de la insuficiencia de nuestra encuesta, deberían alarmar, en primer lugar, a los gobernantes y miembros de la oposición democrática de los países implicados. Sin embargo, es forzoso señalar que, dejando

aparte crisis agudas (la reciente intervención de los mineros en Bucarest) y exceptuando Polonia (en nuestra opinión), la «cuestión social» no está en el centro de sus preocupaciones, salvo en las de los «veteranos» y populistas que olfatean ahí un terreno a explotar.

Polonia es el núcleo de ese informe. Merecidamente, ya que es, en efecto, el país donde está más avanzada una reforma económica radical, tendente a una «vuelta al capitalismo»; al mismo tiempo, goza de la rica experiencia, aún fresca, de un gran movimiento social, vinculado al sindicato-movimiento político Solidarnosc. Polonia, sin duda, zanjará próximamente el debate en curso sobre la «tercera vía», sobre el cual –por el momento– la inmensa mayoría de los implicados no se ha pronunciado respecto a las cuestiones centrales: ¿Qué peso debe tener el «sector público» en una naciente economía de mercado? ¿Qué peso la propiedad de las cooperativas, de los municipios? ¿Qué papel, en esta dolorosa transición, debe jugar el Estado? ¿Y la autogestión, aún no completamente olvidada en Polonia?

Para terminar, ¿es necesario subrayar que la miseria que alcanzaría a decenas de millones de personas en Europa es alarmante para todo nuestro continente? Las tensiones sociales agudas forman una laguna en la que el manipulador demagogo y populista pesca con éxito. La implantación de regímenes autoritarios, sostenidos por las «masas» desesperadas, no es una hipótesis de Casandra. Como se ha apuntado durante el reciente coloquio de Die sobre los nacionalismos: ¿sin la crisis económica y social de 1929, Hitler hubiera tomado el poder?

5. LOS ESLOVACOS DESCONOCIDOS EXIGEN SER RECONOCIDOS

Lo que podría llamarse un drama institucional alcanza hoy a todos los países postcomunistas, multinacionales y multiétnicos. Todas las federaciones concebidas bajo la tutela de los partidos comunistas están en descomposición. Y el alumbramiento de nuevas relaciones entre antiguos dominantes y dominados, entre dominados y otros dominados, no se produce sin dolor. La sangre fluye, como sucede siempre durante los partos, pero hay demasiada, y a menudo está turbia, pues los órganos están aquejados de grandes enfermedades. ¡Y con razón! Médicos o comadronas están, a menudo, ausentes o perplejos ante el desarrollo de la operación a la que deben asistir...

El nacimiento de nuevas relaciones en la República federativa checa y eslovaca (según la nueva denominación, pero que sigue siendo Checoslovaquia para el común de los mortales) ¿va a seguir el ejemplo de Yugoslavia o la Unión Soviética?

Nosotros hemos querido comprender; y querríamos familiarizarles con la sensibilidad del «pequeño» que se sitúa cara a cara con el «grande», del más débil cara a cara con el más poderoso, conscientes de lo relativo de estos adjetivos en el contexto mundial.

Porque los eslovacos, a quienes dedicamos este estudio, son los «pequeños» y los «débiles» del espacio checoslovaco y centroeuropeo. Exceptuando los países bálticos, no hay un pueblo numéricamente más pequeño entre Rusia y Alemania, y su destino, para

gran número de personas, constituye aún un enigma: ¿Cómo es posible que este pequeño pueblo eslavo haya salvaguardado su identidad? ¿Que no se haya dejado asimilar a lo largo de los casi mil años de dominación Magyar; o por su «gran hermano» eslavo que le presentaba al mundo, en 1918, como una rama del mismo tronco, aunque con un dialecto un poco diferente?

Checo-Eslovaquia (con un guión, como lo escriben los eslovacos) atraviesa una crisis constitucional extremadamente grave. Y me arriesgo a prever «el acontecimiento»: el último Estado postcomunista federalizado (o federado, como prefieran), nacido en 1918, va a dejar de existir. Pienso en ello desde hace un año. Como consecuencia de mis estancias en Praga o en Bratislava, capital de Eslovaquia, creo que el contencioso no tiene solución.

La investigación que constituye el núcleo de este estudio, ¿desmiente o confirma este análisis? Para responder a esta cuestión he reunido a casi todos los grandes responsables del país y les he explicado la importancia de este estudio para el público occidental y francófono. Algunas respuestas prometidas no han llegado todavía y, sin duda, estos «retrasos» tienen una significación...

Varios elementos juegan en favor de la fragmentación de Checoslovaquia:

1) La coyuntura internacional, con el movimiento de emancipación de las Repúblicas soviéticas y yugoslavas que es seguido con mucho interés y «da ejemplo». ¿Por qué hemos de tener menos derechos que las actuales repúblicas soviéticas?, se preguntan los eslovacos.

2) El movimiento independentista eslovaco que se hace cada vez más fuerte. Hace dos años, los «separatistas» estaban muy marginados en Eslovaquia; hoy, alrededor del 20% de la población reclama abiertamente un Estado independiente. Y se especula mucho sobre las intenciones de la «mayoría silenciosa». Aparte de algunas centenas (¿millares?) de nacionalistas exaltados, los independentistas quieren llegar al Estado eslovaco independiente respetando las vías constitucionales.

3) La falta de habilidad (¿la incapacidad? ¿la ignorancia?) de los políticos y medios de comunicación checos. ¿Qué se diría en Francia de un periódico que pretende ser serio, pero que relata una rueda de prensa del anterior Primer Ministro eslovaco, el Sr. Meciár, atacándolo desde el titular en lugar de informar sobre lo que dice? (yo estuve en esa conferencia, y quedé indignado ante ese artículo). ¿Qué se diría de las intenciones de un viceministro federal del interior, responsable de la policía secreta (un checo), que «revela» en un discurso público los «contactos» de políticos eslovacos con tal o cuál persona (diciendo los nombres) y que, por tanto, confiesa públicamente que estas personas están siendo espiadas por sus agentes?

4) La voluntad del catolicismo eslovaco y de su Iglesia, que dio forma a la «independencia» eslovaca durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Cuál es hoy su verdadera estrategia?

El referido informe no responde, desgraciadamente, a esta última pregunta. Pero, al menos, nos familiariza con el drama de la ruptura, del divorcio de dos viejos amantes.